

Biblioteca Films

AGUILUCHOS

Núm.
224

25
CTS.



Charles Rogers - Paul Lukas

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 APARTADO 707-BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM. 424

AGUILUCHOS

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título, interpretada por el
simpático actor

CHARLES ROGERS

Novelada por M. NIETO GALAN

**EXCLUSIVA
DE LA INVICTA**



**P.º GRACIA, 91
BARCELONA**

REPARTO:

Roberto Banck	Charles Rogers
Mary Gordon	Jean Arthur
Bon Biden	Paul Lucas

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Por unos momentos, volvamos nuestra mente al año 1918, en aquellos tiempos en que el mundo parecía contagiado por la fobia de la destrucción, y situémonos en París, en la ciudad, donde la alegría ha sido reemplazada por el dolor y la angustia del terrible interrogante. ¿Quién vencerá?

En un jardín de las afueras de la hermosa capital francesa, dos jóvenes paseaban silenciosamente, como si en sus pensamientos no hubiera otra idea que la que en aquel instante los abarcaba. Era él Roberto Banks, segundo teniente de aviación de los ejércitos de los Estados Unidos, y ella Mary Gordon, de la misma nacionalidad que su acompañante.

Roberto, un muchacho fuerte, lleno de ese optimismo propio de su juventud, reflejaba en su semblante toda la alegría de su vida y todo el amor que sentía por la bella Mary, a quien adoraba apasionadamente.

Ella era, como decímos, una joven delicio-

samente bella; sus ojos negros expresaban en aquel momento toda la melancolía que vivía en su alma.

En los dos podían leerse claramente los esfuerzos que hacía él por aparecer jovial y sereno, y en los de ella, por dejar en libertad el llanto que acongojaba su pecho.

—¡Quién sabe lo que nos tendrá reservado el destino, Roberto!—suspiró al fin Mary.— ¡Es tan terrible esta guerra!

—La guerra no ha de durar toda la vida —le respondió el joven teniente, cogiendo las manos de su novia para infundirle confianza.

Pero Mary no podía consolarse con aquellas palabras; temía por la vida del hombre a quien tanto adoraba, y este mismo temor le hizo responder, a la vez que se acercaba más a Roberto, como si con su cuerpo quisiera librarlo de un enemigo oculto:

—¿Qué importa lo que pueda durar, si en lo que dure todavía pueden matarte? —Y más sirviendo tú en la aviación, donde hay tanto peligro! No lo puedo evitar, Roberto—continuó diciéndole con la voz velada por las lágrimas—, me parece que te ha de suceder algo y que no nos veremos más.

—No te aflijas inútilmente, Mary—le contestó el teniente procurando sonreír—. Piensa solamente en que pronto volveré con licencia y que, entre tanto, nos escribiremos a diario. Esas cartas serán para nosotros como

una conversación que sostendremos todos los días, algo así como si estuviésemos el uno al lado del otro... ¿Verdad que sí?

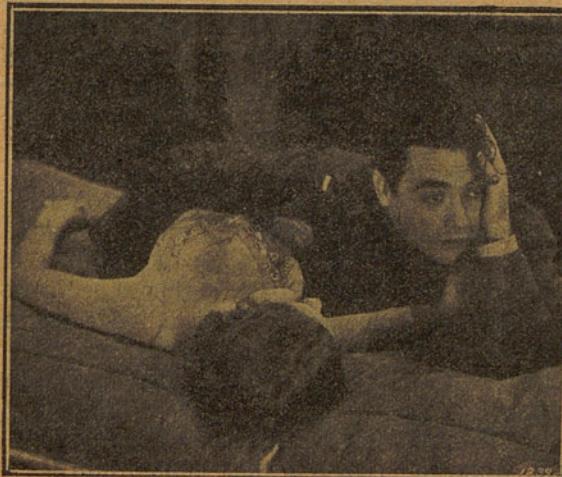
Ella no respondió y dejó caer su cabecita sobre el hombro del que marchaba tal vez en pos de la muerte, mientras que el cielo, indiferente a las agonías de los hombres, brillaba con su azul más puro sobre el jardín donde el Amor y la Muerte, las dos deidades enigmáticas, que se copian alternativamente en el espejo de la vida, presidía el adiós de los enamorados.

Unieron sus labios en un beso de infinita pasión y en aquel instante supremo olvidaron los enamorados que aquel beso sería, ¿quién sabe?, el último que se darían. Sus almas entregadas por entero a la felicidad del momento, sólo vivían en ellos, hasta que el ruido de unos aviones que evolucionaban sobre la ciudad, los volvió a la realidad, indicándoles que el peligro todavía existía y que aquella felicidad podría trocarse, por la mano cruel del destino, en una separación definitiva.

—¡Roberto! —gimió ella, a la vista de los aparatos. En aquella exclamación quiso decirle cuánto era su amor, y el joven, sin tener palabras con que expresarle el suyo, respondió únicamente, haciendo más fuerte la presión de su abrazo:

—¡Mary!

Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, se im-



— ¡Maldita guerra que nos obliga a separarnos!

puso el hombre al enamorado y huyó del lado de su novia, sin atreverse siquiera a mirar hacia atrás, por miedo a que su voluntad flaquease.

Pocos días después Roberto Banks se hallaba ya en el frente. Nunca como hasta entonces había odiado aquella guerra, que le obligaba a estar separado de la mujer a quien tanto adoraba. Como le había prometido a ella, todos los días le escribía y todos los días también recibía carta de Mary. Para

él eran aquellas cartas la única distracción, lo único que mitigaba en algo el dolor de la separación, y por lo mismo no se contentaba con leerlas una vez, sino que se extasiaba en su lectura, volviendo a releer los párrafos en que le hablaba ella de su amor.

Roberto, por su temperamento y por su bondad, era uno de los oficiales más queridos de todos sus compañeros. El fué siempre el que ideó más medios para matar el tedio de los días de inacción, hasta que fué a París con aquella licencia. A su vuelta, sus compañeros le desconocían, y continuamente le decían:

—Pero ¿que es lo que te ha pasado en París, Roberto? Acaso te has enamorado?

—Sí — respondió él, con esa vehemencia propia del que siente una gran pasión—. Me he enamorado de la mujer más hermosa que podáis haber visto nunca.

—Ya será algo menos—le decían sonriendo.

—No quito nada de lo que digo. "La mujer más hermosa que hay."

Esto dió lugar a que durante los primeros días Roberto fuese objeto de las bromas de sus compañeros, hasta que por fin, convencidos ellos de que aquel amor no era un flirt de los muchos que se originaban durante la guerra, optaron por dejarlo solo con sus pensamientos y dedicarse ellos a sus juegos.

De pronto la tranquilidad del destacamen-



— Se ha hecho usted merecedor a una licencia

to de aviación se alteró con la presencia del "Aguila Gris", uno de los más destacados aviadores alemanes que traía en jaque a casi todas las escuadrillas aliadas. Hasta entonces muchos eran los que habían caído bajo la metralla de aquel hombre, que parecía verdaderamente un rey del espacio por la agilidad y destreza con que sabía burlar los ataques de sus perseguidores y enemigos.

La presencia del "Aguila Gris", dió lugar a que Roberto tuviera que intervenir en va-

rios combates, dando en todos ellos ejemplo de su valor y serenidad, hasta el punto que después de uno de ellos, le dijo su jefe:

—Teniente Roberto, se ha hecho usted merecedor a una licencia, y hoy mismo lo propongo al Cuartel General, para que se la concedan.

Aquella misma noche, Roberto escribió a Mary una carta en la que le hablaba de su próxima marcha a París, gracias a la licencia que le concedían y, aun cuando en el texto se desprendía que aquello era una recompensa a su valor, él procuró ocultar modestamente todo cuanto atañía a su actuación.

De esta forma el carácter de Roberto volvió a ser el mismo de siempre. Contaba las horas que faltaban, hasta que por fin, un día volvió a llamarlo su jefe para decirle:

—Siento tener que darle a usted una mala noticia.

Roberto se le quedó mirando y el jefe continuó diciéndole:

—Ya sabe usted que tenía solicitada una licencia para usted.

—Así era—respondió el teniente que previó lo que quería decirle.

—Pues bien, mi propuesta me ha sido denegada, porque escaseamos de personal. Ese maldito alemán del “Aguila Gris” no nos deja tranquilos y mientras que él esté volando

tenemos necesidad de todos nuestros pilotos y más tratándose de uno como usted.

La disciplina es más fuerte que nada en el ejército, y Roberto ante la orden aquella de suspensión, no tuvo más remedio que acatarla, si bien a solas renegó una vez más contra aquella maldita guerra y contra el “Aguila Gris”, por cuya culpa no podía volver al lado de Mary.

Al día siguiente, mientras que sus compañeros se entretenían jugando, él se enfrasaba en la lectura de una carta de Mary, hasta que uno de sus compañeros le dijo, al ver su aspecto de tristeza:

—¿A qué viene ponerse así por una novia? Yo dejé doce en el muelle de Hoboken, y ya ves. ¡Cómo si tal!

Roberto lo miró casi con indignación y respondió:

—Si a uno de vosotros le hubieran suspendido un permiso para ir a París, no creo que estaría de mejor humor que yo lo estoy. ¡Pensar que a estas horas podría estar yo al lado de mi novia! ¡Maldito “Aguila Gris”!

Levantó sus puños, como amenazando al terrible enemigo, hasta que otro compañero le dijo con sorna:

—Por qué no acabas con él? ¿Quién sabe si así ganaríamos la guerra?

—¿Y crees que si hubiese podido no habría acabado ya con él?—respondió Roberto, con

un acento que demostraba bien a las claras todo el odio que sentía hacia él.

Esta conversación quedó interrumpida por la llegada de un ayudante que anunció que el "Aguila Gris" volaba en aquellos momentos a mil quinientos metros sobre el campamento.

—¡Hay que prepararse inmediatamente! — gritó el ayudante. — ¡Es preciso que ese alemán de los demonios caiga en nuestro poder!

La orden fué cumplimentada inmediatamente y todos los aviadores corrieron hacia el hangar a fin de salir a dar caza al enemigo.

Roberto, acompañado por el ayudante fué el primero en estar dispuesto para salir a la caza del temido enemigo y, segundos antes de partir le dijo:

—Si hoy no cazo a ese hombre, no volveré al campamento.

—Hay que tener mucho cuidado con el "Aguila Gris"—le respondió el ayudante— ya sabe que es uno de los mejores aviadores alemanes.

—No me importa—replicó sonriendo melancólicamente Roberto — quiero demostrarle hoy que también en el ejército americano hay quien pueda medir sus fuerzas con él.

—¡Buena suerte, Roberto!—terminó diciéndole el ayudante.

—¡Hasta la vista!—le gritó Roberto, poniendo en marcha el motor de su aeroplano.

Momentos después la escuadrilla se lanzó a la caza del dichoso "Aguila Gris", y entre todos sus perseguidores, el primero que le presentó pelea fué el avión de Roberto.

El alemán hacía verdaderas filigranas con su aparato, con el fin de poder dominar siempre al del enemigo, pero Roberto, demostrando una pericia, que asombró al mismo piloto alemán, no se dejaba ganar el terreno tan fácilmente. Pronto se entabló entre los dos aparatos un duelo a muerte. Se perseguían con encarnizamiento, como si en vez de ser solamente enemigos de guerra fuesen dos hombres que quisiesen ventilar en aquel duelo algún íntimo resentimiento.

No acompañó en aquella ocasión al capitán Von Baden, conocido por el "Aguila Gris", la buena fortuna de siempre y, Roberto consiguió incendiar su aparato, obligándole a aterrizar en las líneas aliadas, para rendirse a sus enemigos y constituirse en prisionero.

El hecho de que el famoso piloto del "Aguila Gris" hubiese sido hecho prisionero, causó la consiguiente alegría entre todos los pilotos, que se vieron libres de aquel fantasma que continuamente los amenazaba.

Para Roberto fueron todas las felicitaciones de su jefe, quien le dijo:

—Ahora estoy seguro de que no le negarán el permiso que solicite, pero es preciso

que aguarde usted aquí algunos días. Tengo orden de tratar a nuestro prisionero con toda clase de miramientos.

—¡Pero si es un enemigo!—exclamó Roberto extrañado.

—Por eso mismo—le dijo el jefe—. El Cuartel General está seguro de que este hombre sabe todos los planes de la aviación enemiga y es preciso emplear todos los medios para hacerle hablar.

—¿Y qué puedo yo influir en ello?—preguntó Roberto.

—Usted es el que lo ha hecho prisionero y usted es el que debe acabar el servicio. Hágase amigo de él, procure ganarse su confianza y ver la forma de que hable.

Sin embargo, a pesar de que más que como prisionero era tratado como huésped, el valiente aviador alemán adivinó lo que pretendían de él, y se encerró en un mutismo que era imposible hacerle hablar. Cuando en las conversaciones con los demás aviadores salía a relucir algo de la guerra, Von Baden callaba astutamente y dejaba que los demás hicieran los comentarios, sin soltar palabra.

Desesperados de no conseguir nada por este medio, el jefe de la escuadrilla, de acuerdo con el Cuartel General ideó otro medio, y para llevarlo a la práctica fué llamado Roberto, a quien le dijo su jefe:

—Tiene usted ya el permiso para trasla-



El alemán adivinó lo que pretendían de él...

darse a París, pero aun así deberá seguir al lado del aviador alemán.

—¡No comprendo lo que me quiere decir! —exclamó Roberto.

—Se trata, sencillamente—le dijo su jefe—de que él le acompañe a usted y a otro compañero suyo. Una vez en París lo llevarán ustedes a todas las fiestas que puedan celebrar y, con la ayuda de la bebida, vean el medio de que sea más explícito. Es un servicio de mucha importancia y por lo mismo

nadie mejor que usted podrá desempeñarlo.

—Muchas gracias, mi comandante — respondió Roberto—. Comprendo que es un honor el que se me quiere hacer y yo le prometo que haré todo lo posible para cumplir con mi deber.

—No lo dudo, teniente Roberto—respondió el jefe—. Y puesto que ya sabe usted su misión, sólo me resta desearte una feliz licencia.

—Muchas gracias, comandante—volvió a decir Roberto, saludando militarmente y saliendo del despacho.

I

PIDA el CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. **LOS DIEZ**
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franquicia gratis

Segunda Parte

Pocos días después Roberto, su compañero y el alemán llegaron a París. Lo primero que hizo el joven oficial fué ir en busca de su novia, que al verlo corrió a él, abrazándole, a la vez que le decía:

—¿Cómo no me has dicho nada de tu llegada? Hubiera ido yo misma a esperarte.

—Porque no sabía nada de mi marcha, hasta el mismo momento que me ordenaron venir y, además, porque vengo comisionado para realizar un servicio de mucha importancia.

—¿Un servicio de mucha importancia? — preguntó curiosamente Mary.

—Sí—siguió diciéndole su novio—se trata de un prisionero alemán, al que hay que hacerle hablar, a pesar de que él se niega.

—¿Y cómo vas a arreglarte? —siguió preguntándole Mary, cada vez más interesada.

—Hemos convenido en llevarlo a varias fiestas y hacerle beber, para ver si el alcohol le desata la lengua, aunque creo que es un hombre demasiado astuto, para que acepte nuestro plan.

Mary se quedó un momento pensativa, hasta que al fin le dijo a su novio:

—¿Por qué no haces una cosa?

—¿Cuál?

—Traerlo aquí. Yo daré una fiesta y tú me lo presentarás como a un amigo tuyo, sin mencionar para nada su nacionalidad. Ya sabes que los hombres son más explícitos con las mujeres.

—¡Admirable! — exclamó Roberto —. ¡Es un plan en el que no había pensado, pero que lo encuentro admirable! Mañana mismo lo traeré.

Y aquel día Mary se mostró con Roberto mucho más apasionada que nunca.

Tal como habían convenido, al día siguiente Roberto llevó a la fiesta que daba su novia al capitán alemán, y lo presentó a su prometida, diciéndole:

—Mary, tengo mucho gusto en presentarte a mi amigo míster Goodguy, capitán del ejército inglés.

—Es para mi un honor, señorita — respondió el alemán —. Mi amigo me había hablado muchas veces de su belleza, pero ahora veo que se ha quedado parco en el elogio.

—Muy amable, capitán — respondió Mary, sonriéndole deliciosamente.

Desde aquel instante, el antiguo piloto del "Aguila Gris" no se separó de Mary, quien por otro lado parecía muy satisfecha de su



—En París, veremos de que hable.

compañía. El muy astuto quiso aprovecharse de aquella su segunda personalidad y procuró llevarse a solas a Mary para decirle:

—Perdóneme que haya buscado esta ocasión para decirle que es usted, no solamente la mujer más encantadora del mundo, sino también la única de hacer perder la cabeza a cualquier hombre.

—¿Está usted muy seguro de eso último? — preguntó intencionadamente ella —. ¿Y si yo le dijese que no creo en que sea usted inglés? ¿Qué me respondería usted?

Von Baden, adivinó inmediatamente el juego y respondió con suma galantería:

—Pues diría que para complacerla a usted sería de la nacionalidad que usted deseara.

—Muy atinada la respuesta—replicó sonriendo Mary—. Pero no era eso lo que yo quería decirle.

—No comprendo entonces — contestó el aviador.

—¿Quiere usted que hablemos con franqueza—le dijo ella de repente.

—Es para mí un honor merecerla de usted.

—Pues bien — siguió diciéndole Mary—. No creo que sea usted inglés, sino alemán.

—¿Y en qué basa esa creencia, señorita? —preguntó sin inmutarse él.

—En que sé quién es usted y su verdadero nombre. Se llama Von Baden y es el piloto conocido por el “Aguila Gris”.

Otro que no hubiera sido él se hubiera azorado ante la afirmación de Mary, más el aviador, dando una prueba de su sangre fría, respondió:

—En efecto, es así. Soy el mismo que usted dice. Y ahora soy yo el que pregunta: ¿Cómo lo ha sabido usted?

Mary, antes de responder miró misteriosamente a todas partes, y cuando se cercioró de que estaban solos, mostró una contraseña, que hizo exclarar al aviador:

—¿Es usted del servicio secreto?

—Sí — respondió ella, bajando la voz—. Sabía de su llegada y estaba preparada.

—¿Y cómo puede usted ser la novia del teniente Banks?

—Porque a los ojos de todos paso por una agente del Gobierno de los Estados Unidos.

—¡Ah, entonces, por eso era el interés del teniente Banks en presentármela!

—Claro está—respondió ella—. El no sabe quien soy yo y eso es lo que me da más pena. Pero no hablemos de ello, ahora lo que interesa es procurar la fuga de usted.

—¿Tiene usted algún medio para ello? — preguntó ansiosamente el aviador.

—Poseo muy buenas relaciones y dispongo de cuantos medios necesito para mis investigaciones. Gracias a ello no me será difícil el que pueda proporcionarle la ocasión, aunque me veré obligada a abandonar París. De lo contrario — y sonrió dolorosamente — ya sabe usted lo que me espera.

—Es verdad—murmuró el capitán—. Casi estoy por no aceptar su ayuda.

—No tiene usted más remedio—exclamó Mary—. Es mi obligación y he de cumplirla, de lo contrario me vería obligada a dar parte de usted.

—¿Y cuándo puede ser eso?—preguntó el aviador.

—Venga esta noche, cuando todos se hayan marchado — le dijo Mary—. Entre los

dos pensaremos la mejor forma de realizarlo.

La presencia de Roberto, puso fin al diálogo entre los dos, y el teniente acercándose a su prometida, le dijo sonriendo:

—Veo que has simpatizado con mi amigo.

—En efecto—respondió Mary—. He vivido mucho tiempo en Inglaterra y mister Goodguy me relataba algo de Londres, que todavía no conocía.

—Pero ya hemos terminado—dijo el aviador—y les dejo a ustedes a solas. ¡Comprendo que los enamorados siempre tienen algo que decirse.

Cuando quedaron solos, Mary, como poseída de un doloroso presentimiento, le preguntó:

—Roberto, ¿cuánto me amas?

—Más que a nada en el mundo, Mary—respondió el muchacho—. Pero no comprendo el por qué de tu pregunta.

—¿Y no serás capaz nunca de dudar de mi cariño?—insistió ella.

—Nunca—afirmó convencido él.

—¿Pase lo que pase?

—¡No te entiendo, Mary! Me hablas de una manera como nunca lo has hecho. ¿Qué te ocurre?

Ella cambió su gesto y afectando una alegría que no experimentaba en aquel momento, respondió:

—Nada, No me hagas caso. Tal vez sean

los nervios. Ya sabes que esta guerra y tus ausencias me tienen siempre inquieta.

Roberto creyendo sincera aquella explicación, la estrechó en su brazos, al mismo tiempo que le decía:

—No te preocupes por mí. Ya verás como la guerra se acaba y podremos ser felices. Y tejiendo nuevamente los enamorados la historia de sus amores, vieron desfilar las horas de aquel día, con esa fugacidad que tan sólo saben sentir los corazones enamorados.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la
novela más gran-
de que se ha edita-
do hasta el dia ti-

tulada



M (el vampiro de Dusseldorf)

Dirigida por FRITZ LANG

96 páginas de texto. — Precio: 1 peseta.

Tercera Parte

Al día siguiente, cuando Roberto fué en busca de Mary, se encontró con la desagradable noticia de que ésta había desaparecido. Pero no fué esto solamente lo que apenó al joven teniente, sino la noticia que le dieron después, de que la fuga de su novia estaba relacionada con la desaparición de Von Baden y de varios capotes que éste se había llevado consigo, sin duda para disfrazarse de oficial americano.

—¡Infames! — exclamó Roberto, mordiéndose los puños de ira—. Solamente quisiéra una cosa: poder enfrentarme otra vez con ese maldito alemán, para hacerle pagar cara la burla de que he sido objeto.

—Pues eso le será fácil—le respondió un oficial, de más categoría que él — porque debe usted partir otra vez al frente. ¿y quién sabe si tendrá ocasión de enfrentarse con el “Aguila Gris”?

En esta disposición de ánimo Roberto acudió de nuevo a donde estaba su escuadrilla de combate, y a los pocos días de su llegada, un avión enemigo voló sobre el campamento, arrojando en señal de reto, un uniforme de

los que se había llevado Von Baden, y adherido a aquél una carta de puño y letra de Mary, que decía:

“Sé que es mucho pedir que creas todo lo que te digo, pero te aseguro que siento mucho lo ocurrido... ¡La guerra es la guerra! El capitán Von Baden se une a mí para enviarte sus excusas y sus recuerdos”.

Un compañero fué el que le entregó la carta, y desde aquel instante, en que el escarnio se unía a la burla, Roberto sintió que en sus venas bullía la sangre, deseando el momento de poder vengarse del odiado enemigo.

Sin embargo, pasaron varios días sin que el “Aguila Gris” diera señales de vida. Parecía como si se lo hubiesen tragado los mismos infiernos, y para no dejar que se enfriase aquel odio, Roberto leía todos los días la carta que le enviaran por conducto tan atrevido. Mas un día, al ir a buscar la carta, vió que ésta había desaparecido. Rebuscó por todos los bolsillos, aun cuando estaba seguro del lugar donde le había dejado, y finalmente se convenció de que la misiva había desaparecido misteriosamente.

No le dió mucha importancia al hecho, pero sí le llamó la atención de que aquel mismo día fuese atacado el campamento por una escuadrilla enemiga, al frente de la cual venía el “Aguila Gris”.

—¡A sus puestos, señores! — gritó el jefe de la sección.

Inmediatamente corrieron los muchachos a sus aparatos, dispuestos a ofrendar sus vidas en aras de un ideal, que no sentían, e influenciado tan sólo por el amor a la patria. Roberto subió a su avión y se despidió del jefe, diciéndole:

—¡Ojalá que pueda tratar combate con el “Aguila Gris”!

—No haga tonterías — le recomendó el jefe—. Piense que no siempre la fortuna ha de protegerle.

—Me da lo mismo — respondió Roberto—. Toda mi alegría de vivir se la llevó aquella infame y nada me atrae, ni despierta mi deseo de vivir.

—Pero la patria necesita sus servicios y es necesario sacrificarse por ella — le reconvino cariñosamente el jefe.

—Ya he hecho bastante por la patria — respondió melancólicamente Roberto—. Justo es que piense hacer ahora algo por mí.

Y sin dar tiempo a que el jefe le contestase, se elevó rápidamente, seguido de varios aparatos más.

Lo primero que hizo Roberto fué ver donde estaba el “Aguila Gris”. Lo descubrió amparado por varios aparatos más, y a él se dirigió, sin detenerse a contestar al fuego que le hacían los aviones que protegían al jefe de

la escuadrilla enemiga. Milagrosamente llegó hasta donde estaba el “Aguila Gris”, que pretendió rehuir el combate que le ofrecía Roberto; mas, tenaz y decidido a vengarse, no le dejaba realizar ninguno de sus vuelos extraordinarios, hasta que no tuvo más remedio que batirse con él.

Segundos después el firmamento se convirtió en un campo de batalla. Sonaban las ametralladoras con su irritante tableteo y las bombas lanzadas de uno a otro aparato, incendiaban a veces a un avión que caía velocemente a tierra, arrastrando consigo a una muerte segura al pobre aviador.

Roberto no reparaba en nada, todo su afán era el de vencer al “Aguila Gris”. Verlo caer envuelto en llamas, como otros habían caído, era su única idea, y este pensamiento lo vió convertido en realidad, después de una hora de violento combate, aun cuando él había sido gravemente herido.

Cuarta Parte

Otra vez el capitán Von Baden, debido al arrojo de Roberto, fué hecho prisionero y, mientras él quedaba sometido a una estrecha vigilancia, el joven teniente americano, luchaba con la muerte, que parecía reclamar una presa más. Para salvarlo era preciso una difícil operación quirúrgica, pero los doctores temían más que a la gravedad de sus heridas, al estado de ánimo en que se hallaba el oficial.

Sus compañeros se prodigaban por atenderle y estaban todos atentos a los menores gestos del amigo a quien tanto querían.

El jefe de la escuadrilla, el día en que se debía practicar la operación, fué en busca del médico a quien le preguntó:

—¿Cree usted que se salvará el oficial Banks?

—Haré todo lo humanamente posible para salvarlo—respondió el cirujano—pero él no pone nada de su parte, no demuestra ningún deseo de vivir. Usted sabe que el estado de ánimo del paciente, influye muchas veces en el éxito de una operación.

—Pues hay que salvar al herido, aun a pe-

sar suyo—insistió el jefe—. Su desesperación es debida a que cree que la mujer a quien amaba lo traicionó, y es necesario convencerle de su error.

—Para eso sería necesario una prueba de la que él no dudase—replicó el médico.

—Y esa es la que yo traigo—terminó diciendo el jefe—. Déjeme hablar con él.

Entró a la sala donde estaba el herido y se acercó a su cama, diciéndole:

—¿Qué hay, Roberto? ¿Cómo van esos ánimos?

El herido abrió los ojos y ni siquiera se dignó contestarle.

El jefe volvió a decirle:

—Traigo una buena noticia para usted. Le han reconocido su valor y ha sido usted condecorado con una gran cruz.

—No me importa eso—exclamó débilmente el muchacho—. Yo sólo deseo morir cuanto antes.

—No diga tonterías, Roberto—le respondió su jefe—. Usted todavía es joven y le espera la felicidad lejos de aquí.

—Usted lo ha dicho, comandante—replicó Roberto—. Mi felicidad está muy lejos para que yo pueda alcanzarla. Aquella maldita huyó de mi lado, robándome la dicha para siempre.

—¿Pero, a quién se refiere usted?—pre-

guntó el comandante, fingiendo cierta extrañeza.

—¿A quién ha de ser? A la mujer que tanto amé.

—¿Y la cree usted muy lejos?

—Casi un imposible — volvió a suspirar con tristeza el teniente.

—Roberto—volvió a decirle el comandante—, hora es ya de que sepa usted toda la verdad. ¿Recuerda usted la carta que se recibió junto con su capote? Estaba en clave y aquí la tiene traducida.

Le dió el pliego y el herido leyó ávidamente aquella traducción que decía:

“Cuatro divisiones atacarán al amanecer el sector Q. No habrá preparación de artillería para el ataque. El capitán Baden mandará personalmente las fuerzas de aviación.”

Roberto abandonó el papel y haciendo un esfuerzo se incorporó en la cama, al mismo tiempo que decía:

—No comprendo nada de esto.

—Yo se lo explicaré—le dijo el comandante—. Esto quiere decir que Mary Gordon, es una de las jóvenes más inteligentes que hay al servicio de informaciones. Logró engañar al capitán Von Baden y volar con él a través de las líneas enemigas.

Aquellas palabras devolvieron la energía al joven enamorado, que estrechando la mano de su jefe, sólo tuvo fuerzas para decir:



— ¡Roberto, Roberto!

—Gracias, mi comandante. ¡Ahora, ahora es cuando quiero vivir!

Se llevó a efecto la operación quirúrgica y casi al mismo tiempo que el teniente Roberto se restablecía de su herida, fué firmado el armisticio, dando fin a aquella contienda que amenaza con el exterminio de la Humanidad.

El odio de Roberto al capitán alemán, ya no tenía motivo de ser, puesto que ni su ene-

migo era siquiera, y por lo mismo, en cuanto pudo salir de su habitación fué en su busca, diciéndole:

—Su jugada fué buena, Von Baden, pero perdió el juego—. Le ofreció su mano y mientras que el alemán la estrechaba con verdadero afecto y admiración, siguió diciendo: —Mientras fuimos enemigos fué nuestra misión pelear, pero ya se acabó la guerra.

—Así es — respondió Von Baden — ahora podemos ser buenos amigos, tanto como yo lo deseó.

En aquel momento se oyó la voz dulce de Mary, que entraba gritando:

—Roberto, Roberto.

—¡Mary! — exclamó éste, corriendo al encuentro de su enamorada.

Se confundieron los dos en un abrazo apasionado, a la vez que el alemán, comprendiendo que allí sobraba, inició su retirada.

Roberto abandonó un instante a su novia y llamando al que se iba, le dijo:

—No me guarde rencor.

—Todo ha pasado ya — respondió sonriendo el alemán.

—La guerra era la guerra — repitió una vez más Roberto, acordándose de lo que decía la carta de su novia.

Y Von Baden, sonriendo a la irónica frase, se alejó murmurando:

—“Kameraden, auf wiedersehen”.

Y mientras que su voz se perdía, Mary y Roberto, libres ya de la pesadilla de la guerra, que tantas veces los separó, se entregaban con todo el amor que sentían sus corazones, a la dicha de gozar de aquella felicidad infinita a que tan acreedores se habían hecho.

Ya no tendrían que mirar con terror al firmamento, que libre ya de aquellos terribles aviones, que como aguiluchos, parecían buscar su presa, el horizonte se les ofrecía diáfano y sereno, como lo estaban sus almas.

FIN

Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

1 peseta tomo

Profusión de ilustraciones

Últimos
éxitos
publicados



Entre noche y día

Novela de intriga y de amor

Elena D'Algé-Alfonso Granada

Al Este de Borneo

Novela de la máxima emoción,
luchas de hombres y fieras y
narración de la truculenta erup-
ción de un volcán

Charles Bickford - Rose Hobart

"M" (el vampiro de Dusseldorf)

Asunto de alta tensión trágica,
que conmoverá a las multitudes

PEDIDOS A

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis



El conflicto Chino-Japonés

Consta de 8 cuadernos

Portada a todo color - 16 páginas de texto
Reproducción en papel couché de fotografías enviadas por avión

Títulos de los cuadernos:

- Núm. 1 La Mandchuria en llamas
- Núm. 2 Primeras hostilidades
- Núm. 3 ¿Estallará la caldera?
- Núm. 4 Bautismo de sangre
- Núm. 5 La triste jornada de Tsi-Tsi-Kar
- Núm. 6 Hospital de sangre
- Núm. 7 Un duelo sobre las nubes
- Núm. 8 Con los estudiantes de Nanking

20 cts. cuaderno

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis